naturales, que son las que aquí vamos llamando imaginarias, en las cuales juntamente, como habemos dicho, se aprovecha mucho el espíritu; el cual, así en las unas como en las otras, se va desenrudeciendo y reformando poco a poco. Y de esta manera va Dios llevando al alma de grado en grado hasta lo más interior; no porque sea siempre necesario guardar este orden de primero y postrero tan puntual como eso, porque a veces hace Dios uno sin otro, y por lo más interior lo menos interior, y todo junto; que eso es como Dios ve que conviene al alma, o como le quiere hacer las mercedes; pero la vía ordinaria es conforme a lo dicho.

5. De esta manera, pues, va Dios instruyéndola y haciéndola espiritual, comenzándole a comunicar lo espiritual desde las cosas exteriores, palpables y acomodadas al sentido, según la pequeñez y poca capacidad del alma, para que, mediante la corteza de aquellas cosas sensibles que de suyo son buenas, vaya el espíritu haciendo actos particulares y recibiendo tantos bocados de comunicación espiritual, que venga a hacer hábito en lo espiritual, y llegue a actual substancia de espíritu, que es ajena de todo sentido; al cual, como habemos dicho, no puede llegar el alma sino muy poco a poco, a su modo, por el sentido, a que siempre ha estado asida. Y así, a la medida que va llegando más al espíritu acerca del trato con Dios, se va más desnudando y vaciando de las vías del sentido, que son las del discurso y meditación imaginaria. De donde cuando llegare perfectamente al trato con Dios de espíritu, necesariamente ha de haber evacuado todo lo que acerca de Dios podía caer en sentido. Así como cuanto más una cosa se va arrimando

más a un extremo, más se va alejando y enajenando del otro; y cuando perfectamente se arrimare, perfectamente se habrá también apartado del otro extremo. Por lo cual, comúnmente se dice un adagio espiritual, y es: *Gustato spiritu, desipit omnis caro.* Que quiere decir: Acabado de recibir el gusto y sabor del espíritu, toda carne es insipiente; esto es, no aprovechan ni entran en gusto todas las vías de la carne; en lo cual se entiende todo trato de sentido acerca de lo espiritual. Y está claro: porque si es espíritu, ya no cae en sentido; y si es que puede comprenderlo el sentido, ya no es puro espíritu. Porque cuanto más de ello puede saber el sentido y aprensión natural, tanto menos tiene de espíritu sobrenatural, como arriba queda dado a entender.

6. Por tanto, el espíritu ya perfecto no hace caso del sentido, ni recibe por él, ni principalmente se sirve ni ha de menester servirse de él para con Dios, como hacía antes cuando no había crecido en espíritu. Y esto es lo que quiere decir aquella autoridad de san Pablo a los Corintios (1.ª, 13, 11), diciendo: *Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus. Quando autem factus sum vir, evacuavi quae erant parvuli.* Quiere decir: Cuando era yo pequeñuelo, hablaba como pequeñuelo, sabía como pequeñuelo, pensasa como pequeñuelo; pero cuando fui hecho varón, vacié las cosas que eran de pequeñuelo. Ya habemos dado a entender cómo las cosas del sentido y el conocimiento que el espíritu puede sacar por ellas son ejercicio de pequeñuelo. Y así, si el alma se quisiese siempre asir a ellas y no desarrimarse de ellas, nunca dejaría de ser pequeñuelo niño, y siempre hablaría de Dios como pequeñuelo, y sabría de Dios como

pequeñuelo, y pensaría de Dios como pequeñuelo; porque asiéndose a la corteza del sentido, que es el pequeñuelo, nunca vendría a la substancia del espíritu, que es el varón perfecto. Y así, no ha de querer el alma admitir las dichas revelaciones para ir creciendo, aunque Dios se las ofrezca, así como el niño ha menester dejar el pecho para hacer su paladar a manjar más substancial y fuerte.

7. Pues luego, diréis, será menester que el alma, cuando es pequeñuela, las quiera tomar, y las deje cuando es mayor; y así como el niño es menester que quiera tomar el pecho para sustentarse, hasta que sea mayor para poderlo dejar.

Respondo que, acerca de la meditación y discurso natural en que comienza el alma a buscar a Dios, es verdad que no ha de dejar el pecho del sentido para irse sustentando, hasta que llegue a sazón y tiempo que pueda dejarle, que es cuando Dios pone al alma en trato más espiritual, que es la contemplación, de lo cual ya dimos doctrina en el capítulo 13 de este libro. Pero cuando son visiones imaginarias, u otras aprensiones sobrenaturales, que pueden caer en el sentido sin el albedrío del hombre, digo que en cualquier tiempo y sazón, ahora sea en estado perfecto, ahora en menos perfecto, aunque sean de parte de Dios, no las ha el alma de querer admitir por dos cosas: La una, porque Él, como habemos dicho, hace en el alma su efecto, sin que ella sea parte para impedirlo, aunque impida y pueda impedir la visión, lo cual acaece muchas veces, y, por consiguiente, aquel efecto que había de causar en el alma, mucho más se le comunica en substancia, aunque no sea en aquella manera. Porque, como también dijimos, el alma no puede impedir los bienes que Dios le quiere comunicar ni es parte para ello, si no es con

alguna imperfección y propiedad; y en renunciar estas cosas con humildad y recelo, ninguna imperfección ni propiedad hay. La segunda es por librarse del peligro y trabajo que hay en discernir las malas de las buenas, y conocer si es ángel de luz o de tinieblas; en que no hay provecho ninguno, sino gastar tiempo y embarazar al alma con aquello, y ponerse en ocasiones de muchas imperfecciones y de no ir adelante, no poniendo el alma en lo que hace al caso, desembarazándola de menudencias de aprensiones e inteligencias particulares, según queda dicho de las visiones corporales, y de éstas se dirá más adelante.

8. Y esto se crea, que si nuestro Señor no hubiese de llevar el alma al modo de la misma alma, como aquí decimos, nunca le comunicaría la abundancia de su espíritu por esos arcaduces tan angostos de formas y figuras y particulares inteligencias, por medio de las cuales da el sustento al alma por migajas. Que por eso dijo David *(Sal.* 147, 17): *Mittit crystallum suam sicut buccellas.* Que es tanto como decir: Envió su sabiduría a las almas como a bocados. Lo cual es harto de doler, que teniendo el alma capacidad infinita, la anden dando a comer por bocados del sentido, por su poco espíritu e inhabilidad sensual. Y por eso también, a san Pablo le daba pena esta poca disposición y pequeñez para recibir el espíritu, cuando escribiendo a los de Corinto, dijo (1.ª, 3, 1-2): Yo, hermanos, como viniese a vosotros, no os pude hablar como a espirituales, sino como a carnales; porque no pudísteis recibirlo, ni tampoco ahora podéis. *Tamquam parvulis in Christo lac potum vobis dedi, non escam.* Esto es: Como a pequeñuelos en Cristo os di a beber leche y no a comer manjar sólido.

9. Resta, pues, ahora saber que el alma no ha de poner los ojos en aquella corteza de figura y objeto que se le pone delante sobrenaturalmente, ahora sea acerca del sentido exterior, como son locuciones y palabras al oído, y visiones de santos a los ojos y resplandores hermosos, y olores a las narices, y gustos y suavidades en el paladar, y otros deleites en el tacto, que suelen proceder del espíritu, lo cual es más ordinario a los espirituales. Ni tampoco los ha de poner en cualesquiera visiones del sentido interior, cuales son las imaginarias, antes renunciarlas todas; sólo ha de poner los ojos en aquel buen espíritu que causan, procurando conservarle en obrar y poner por ejercicio lo que es de servicio de Dios ordenadamente, sin advertencia de aquellas representaciones ni de querer algún gusto sensible. Y así se toma de estas cosas sólo lo que Dios pretende y quiere, que es el espíritu de devoción, pues que no las da para otro fin principal; y se deja lo que Él dejaría de dar, si se pudiese recibir en el espíritu sin ello, como habemos dicho, que es el ejercicio y aprensión del sentido.

CAPITULO 18

En que trata del daño que algunos maestros espirituales pueden hacer a las almas por no las llevar con buen estilo acerca de las dichas visiones.—Y dice también cómo, aunque sean de Dios, se pueden en ellas engañar.

1. No podemos en esta materia de visiones ser tan breves como querríamos, por lo mucho que acerca de ellas hay que decir. Aunque en substancia queda dicho lo que hace al caso para dar a en-

tender al espiritual cómo se ha de haber acerca de las dichas visiones, y al maestro que le gobierna el modo que ha de tener con el discípulo, no será demasiado particularizar más un poco esta doctrina, y dar más luz del daño que se puede seguir, así a las almas espirituales como a los maestros que las gobiernan, si son muy crédulos a ellas, aunque sean de parte de Dios.

2. Y la razón que me ha movido a alargarme ahora en esto un poco, es la poca discreción que he echado de ver, a lo que yo entiendo, en algunos maestros espirituales; los cuales, asegurándose acerca de las dichas aprensiones, sobrenaturales por entender que son buenas y de parte de Dios, vinieron los unos y los otros a errar mucho y hallarse muy cortos, cumpliéndose en ellos la sentencia de nuestro Salvador, que dice *(Mt.,* 15, 14): *Si caecus caeco ducatum praestet, ambo in foveam cadunt.* Que quiere decir: Si un ciego guiare a otro ciego, entrambos caen en la hoya. Y no dice *caerán,* sino que *caen.* Porque no es menester que haya caída de error para que caigan, porque sólo el atrever a gobernarse el uno por el otro ya es yerro, y así, ya sólo en eso *caen* cuanto a lo menos.

Y primero, porque hay algunos que llevan tal modo y estilo con las almas que tienen las tales cosas, que las hacen errar, o las embarazan con ellas, o no las llevan por camino de humildad, y les dan mano a que pongan los ojos en alguna manera en ellas; que es causa de quedar sin verdadero espíritu de fe, y no las edifican en la fe, poniéndose a hacer mucho lenguaje de aquellas cosas. En lo cual las dan a sentir que hacen ellos alguna presa o mucho caso de aquello, y por el consiguiente le hacen ellas; y quédanseles las almas puestas en aquellas aprensiones, y no edifica-

das en fe, y vacías y desnudas y desasidas de aquellas cosas, para volar en alteza de oscura fe. Y todo esto nace del término y lenguaje que el alma ve en su maestro acerca de ésto, que no sé cómo, facilísimamente, se le pega un lleno y *estimación de aquello*, sin ser en su mano, y quita los ojos del abismo de la fe.

3. Y debe ser la causa de esta facilidad, de quedar el alma tan ocupada con ello, que como son cosas de sentido, a que él naturalmente es inclinado, y como también está ya saboreado y dispuesto con la aprensión de aquellas cosas distintas y sensibles, basta ver en su confesor, o en otra persona, alguna estima y aprecio de ellas, para que no solamente el alma la haga, sino que también se le engolosine más el apetito en ellas sin sentir, y se cebe más de ellas y quede más inclinado a ellas, y haga en ellas alguna presa.

Y de aquí salen muchas imperfecciones, por lo menos; porque el alma ya no queda tan humilde, pensando que aquello es algo y que tiene algo bueno, y que Dios hace caso de ella, y anda contenta y algo satisfecha de sí, lo cual es contra humildad. Y luego, el demonio le va aumentando esto secretamente, sin entenderlo ella, y le comienza a poner un concepto acerca de los otros, en si tienen o no tienen las tales cosas, o son o no son; lo cual es contra la santa simplicidad y soledad espiritual.

4. Mas de estos daños y de cómo no crecen en fe, si no se apartan, y cómo también, aunque no sean los daños tan palpables y conocibles como éstos, hay otros en el dicho término más sutiles y más odiosos a los divinos ojos, por no ir en desnudez de todo, dejémoslo ahora, hasta que lleguemos a tratar en el vicio de gula espiritual, y de

los otros seis, donde, mediante Dios, se tratarán muchas cosas, de estas sutiles y delicadas mancillas que se pegan al espíritu, por no saber guiarle en desnudez.

5. Ahora digamos algo de cómo en este estilo que llevan algunos confesores con las almas, en que no las instruyen bien. Y, cierto, querría saberlo decir, porque entiendo es cosa dificultosa dar a entender el cómo se engendra el espíritu del discípulo conforme al de su padre espiritual oculta y secretamente; y cánsame esta materia tan prolija, porque parece no [se] puede declarar lo uno sin dar a entender lo otro también, como son cosas de espíritu, que unas tienen a otras correspondencia.

6. Mas para lo que aquí basta, paréceme a mí, y así es, que si el padre espiritual es inclinado a espíritu de revelaciones de manera que le hagan algún caso, o lleno o gusto en el alma, no podrá dejar, aunque él no lo entienda, de imprimir en el espíritu del discípulo aquel jugo y término, si el discípulo no está más adelante que él; y aunque lo esté, le podrá hacer harto daño si con él persevera. Porque de aquella inclinación que el padre espiritual tiene y gusto en las tales visiones, le nace cierta manera de estimativa, que si no es con gran cuidado de él, no puede dejar de dar muestras o sentimiento de ello a la otra persona; y si la otra persona tiene el mismo espíritu de la tal inclinación, a lo que yo entiendo no podrá dejar de comunicarse mucha aprensión y estimación de estas cosas de una parte a otra.

7. Pero no hilemos ahora tan delgado, sino hablemos de cuando el confesor, ahora sea inclinado a eso, ahora no, no tiene el recato que ha de tener

en desembarazar el alma y desnudar el apetito de su discípulo en estas cosas, antes se pone a platicar de ello con él, y lo principal del lenguaje espiritual, como habemos dicho, pone en esas visiones, dándoles indicios para conocer las visiones buenas y malas. Que aunque es bueno saberlo, no hay para qué meter el alma en ese trabajo, cuidado y peligro. Pues con no hacer caso de ella, negándolas, se excusa todo esto, y se hace lo que se debe.

Y no sólo eso, sino que ellos mismos, como ven que las dichas almas tienen tales cosas de Dios, les piden que pidan a Dios les revele o les diga tales o tales cosas, tocantes a ellos o a otros, y las almas bobas lo hacen, pensando es lícito quererlo saber por aquella vía. Que piensan que porque Dios quiere revelar o decir algo sobrenaturalmente, como Él quiere o para lo que Él quiere, que es lícito querer que nos lo revele, y aun pedírselo.

8. Y si acaece que a su petición lo revela Dios, asegúranse más, pensando que Dios gusta de ello y lo quiere, pues que responde; y, a la verdad, ni Dios gusta ni lo quiere; y ellos muchas veces obran o creen según aquello que se les reveló, o se les respondió; porque como ellos están aficionados a aquella manera de trato con Dios, asiéntaseles mucho y allánaseles la voluntad. Naturalmente gustan, y naturalmente se allanan a su modo de entender; y yerran muchas veces, y ven ellos que no les sale como habían entendido; y maravíllanse, y luego salen las dudas en si era de Dios, pues no acaece ni lo ven de aquella manera. Pensaban ellos primero dos cosas: la una, que era de Dios, pues tanto se les asentaba primero; y puede ser el natural inclinado a ello que causa aquel asiento, como habemos dicho; y la

segunda, que siendo de Dios, había de salir así como en ellas entendían o pensaban.

9. Y aquí está un grande engaño, porque las revelaciones o locuciones de Dios no siempre salen como los hombres las entienden, o como ellas suenan en sí. Y así, no se han de asegurar en ellas ni creerlas a carga cerrada; aunque sepan que son revelaciones o respuestas o dichos de Dios. Porque aunque ellas sean ciertas y verdaderas en sí, no lo son siempre en sus causas, y en nuestra manera de entender, lo cual probaremos en el capítulo siguiente. Y también diremos y probaremos después cómo, aunque Dios responde a veces a lo que se le pide sobrenaturalmente, no gusta de ello, y cómo a veces se enoja, aunque responde.

CAPITULO 19

En que se declara y prueba cómo aunque las visiones y locuciones que son de parte de Dios, son verdaderas, nos podemos engañar acerca de ellas.—Pruébase con autoridades de la Escritura divina.

1. Por *dos* causas dijimos, que aunque las visiones y locuciones de Dios son verdaderas y siempre en sí ciertas, no lo son siempre para con nosotros: La *una* es por nuestra defectuosa manera de entenderlas; y la *otra*, porque las causas de ellas a veces son variables.

Cuanto a *lo primero*, está claro que no son siempre ni acaecen como suenan a nuestra manera de entender. La causa de esto es, porque, como Dios es inmenso y profundo, suele llevar en sus profe-

cías, locuciones y revelaciones, otras vías, conceptos e inteligencias muy diferentes de aquel propósito y modo a que comúnmente se pueden entender de nosotros, siendo ellas tanto más verdaderas y ciertas cuanto a nosotros nos parece que no.

Lo cual a cada paso vemos en la Escritura, donde a muchos de los antiguos no les salían muchas profecías y locuciones de Dios como ellos esperaban, por entenderlas ellos a su modo, de otra manera, muy a la letra.

Lo cual se verá claro por estas autoridades:

2. *a)* En el Génesis (15, 7) dijo Dios a Abrahán, habiéndole traído a la tierra de los Cananeos: *Tibi dabo terram hanc.* Que quiere decir: Esta tierra te daré a ti. Y como se lo dijese muchas veces, y Abrahán fuese ya muy viejo, y nunca se la daba, diciéndoselo Dios otra vez, respondió Abrahán y dijo (v. 8): *Domine, unde scire possum, quod possesurus sum eam?* Esto es: Señor, ¿de dónde, o por qué señal tengo de saber que la tengo que poseer? Entonces le reveló Dios, que no él en persona, sino sus hijos, después de cuatrocientos años, la habían de poseer; de donde acabó Abrahán de entender la promesa, lo cual era en sí verdaderísima; porque, dándola Dios a sus hijos por amor de él, era dársela a él. Y así Abrahán estaba engañado en la manera de entender; y si entonces obrara según él entendía la profecía, pudiera errar mucho, pues no era de aquel tiempo; [y] los que le vieron morir sin dársela, habiéndole oído decir que Dios se la había de dar, quedaron confusos y creyendo haber sido falsa.

b) También a su nieto Job al tiempo que José su hijo le llevó a Egipto por el hambre de Canaán, estando en el camino, le apareció Dios,

y le dijo (*Gen.*, 46, 3-4): *Jacob, Jacob, noli timere, descende in Aegiptum, quia in gentem magnam faciam te tibi. Ego descendam tecum illuc... Et inde adducam te revertentem.* Que quiere decir: Jacob, no temas, desciende a Egipto, que yo descenderé allí contigo, y cuando de ahí volvieres a salir, yo te sacaré, guiándote. Lo cual no fue como a nuestra manera de entender suena. Porque sabemos que el santo viejo Jacob murió en Egipto, y no volvió a salir vivo; y era que se había de cumplir en sus hijos, a los cuales sacó de allí después de muchos años, siéndoles Él mismo la guía del camino. Donde se ve claro que cualquiera que supiera esta promesa de Dios a Jacob, pudiera tener por cierto que Jacob, así como había entrado vivo y en persona en Egipto por el orden y favor de Dios, así sin falta, vivo y en persona, había de volver a salir de la misma forma y manera; pues le había Dios prometido la salida y el favor en ella; y engañárase y maravillárase viéndole morir en Egipto, y que no [se] cumplía como se esperaba. Y así, siendo el dicho de Dios verdaderísimo en sí, acerca de él se pudieran mucho engañar.

4. *c)* En los Jueces (20, 11...) también leemos que, habiéndose juntado todas las tribus de Israel para pelear contra la tribu de Benjamín, para castigar cierta maldad que entre ellos se había consentido, por razón de haberles Dios señalado capitán para la guerra, fueron ellos tan asegurados de la victoria, que saliendo vencidos y muertos de los suyos ventidós mil, quedaron muy maravillados; y puestos delante de Dios, lloraron todo aquel día, no sabiendo la causa de la caída, habiendo ellos entendido la victoria por suya. Y como preguntasen a Dios si volverían a pelear, o no, les respondió que fuesen y peleasen contra ellos. Los

cuales, teniendo ya esta vez por suya la victoria, salieron con grande atrevimiento, y salieron vencidos también la segunda vez, con pérdida de dieciocho mil de su parte. De donde quedaron confusísimos, no sabiendo qué hacer, viendo que mandándoles Dios pelear, siempre salían vencidos, mayormente excediendo ellos a los contrarios en número y fortaleza; porque los de Benjamín no eran más de veinticinco mil y setecientos, y ellos eran cuatrocientos mil. Y de esta manera se engañaban ellos en su manera de entender, porque el dicho de Dios no era engañoso, porque Él no les había dicho que vencerían, sino que peleasen; porque en estas caídas les quiso Dios castigar cierto descuido y presunción que tuvieron, y humillarlos así. Mas cuando a la postre les respondió que vencerían, así fue, aunque vencieron con harto ardid y trabajo.

5. De esta manera, y de otras mucha, acaece engañarse las almas acerca de las locuciones y revelaciones de parte de Dios, por tomar la inteligencia de ellas a la letra y corteza; porque, como ya queda dado a entender, el principal intento de Dios en aquellas cosas es decir y dar el espíritu que está allí encerrado, el cual es dificultoso de entender. Y éste es muy más abundante que la letra, y muy extraordinario y fuera de los límites de ella. Y así, el que se atare a la letra o locución o forma o figura aprensible de la visión, no podrá dejar de errar mucho, y hallarse después muy corto y confuso, por haberse guiado según el sentido en ellas y no dado lugar al espíritu en desnudez del sentido. *Littera enim occidit, spiritus autem vivificat*, como dice san Pablo (2 *Cor.*, 3, 6). Esto es: La letra mata, y el espíritu da vida. Por lo cual, se ha de renunciar a la letra en este caso del

sentido, y quedarse a oscuras en fe, que es el espíritu, al cual no puede comprender el sentido.

6. Por lo cual, muchos de los hijos de Israel, porque entendían muy a la letra los dichos y profecías de los profetas, y no les salían como ellos esperaban, y así las venían a tener en poco, y no las creían; tanto, que vino a haber entre ellos un dicho público, casi ya como proverbio, escarneciéndose de los profetas. De lo cual se queja Isaías (28, 9-11) diciendo y refiriendo en esta manera: *Quem docebit Dominus scientiam? et quem intelligere faciet auditum? ablactatos a lacte, avulsos ab uberibus. Quia manda remanda, manda remanda, expecta reexpecta, expecta reexpecta, modicum ibi, modicum ibi. In loquela enim labii, et lingua altera loquetur ad populum istum.* Quiere decir: ¿A quién enseñará Dios ciencia? ¿Y a quién hará entender la profecía y palabra suya? Solamente a aquellos que están ya apartados de la leche, y desarraigados de los pechos. Porque todos dicen —es a saber, sobre las profecías—: Promete y vuelve luego a prometer; espera y vuelve a esperar; espera y vuelve a esperar; un poco allí, un poco allí; porque en la palabra de su labio y en otra lengua hablará a este pueblo. Donde claramente da a entender Isaías que hacían éstos burla de las profecías, y decían por escarnio este proverbio de: *Espera y vuelve luego a esperar;* dando a entender que nunca se les cumplía. Porque estaban elios asidos a la letra, que es *la leche* de niños, y al sentido, que son *los pechos,* que contradicen a la grandeza de la ciencia del espíritu. Por lo cual dice: *¿A quién enseñará la sabiduría* de sus profecías? *¿Y a quién hará entender su doctrina, sino a los que ya están apartados de la leche* de la letra *y de los pechos* de sus sentidos?

Que por eso éstos no la entienden, sino según esa leche de la corteza y letra, y esos pechos de sus sentidos, pues dicen: *Promete y vuelve luego a prometer; espera y vuelve a esperar,* etc. Porque *en la doctrina de la boca de Dios,* y no en la suya, *y en otra lengua* que es esta suya, *los ha Dios de hablar.*

7. Y así, no se ha de mirar en ello nuestro sentido y lengua, sabiendo que es otra la de Dios, según el espíritu de aquello, muy diferente de nuestro entender y dificultoso; y eslo tanto, que aun el mismo Jeremías (4, 10), con ser profeta de Dios, viendo los conceptos de las palabras de Dios tan diferentes del común sentido de los hombres, parece que también alucina él en ellos y que vuelve por el pueblo, diciendo: *Heu, heu, Domine Deus, ergone decepisti populum istum et Jerusalem, dicens: Pax erit vobis; et ecce pervenit gladius usques ad animam?* Que quiere decir: ¡Ay, ay, ay, Señor, Dios!, ¿por ventura has engañado a este pueblo y a Jerusalén, diciendo: Paz vendrá sobre vosotros; y veis aquí ha venido cuchillo hasta el alma? Y era que la paz que les prometía Dios era la que había de haber entre Dios y el hombre por medio del Mesías que les había de enviar, y ellos entendían de la paz temporal; y por eso, cuando tenían guerras y trabajos, les parecía engañarles Dios, acaeciéndoles al contrario de lo que ellos esperaban. Y así decían, como también dice Jeremías (8, 15): *Expectavimus pacem, et non erat bonum.* Esto es: Esperado hemos la paz, y no hay bien de paz. Y así, era imposible dejarse ellos de engañar, gobernarse sólo por el sentido literal.

Porque ¿quién dejará de confundirse en errar, si se atara a la letra en aquella profecía que dijo David de Cristo, salmo 71 (v. 8), en todo lo que

dice en él, donde dice: *Et dominabitur a mari usque ad mare; et a flumine usque ad terminos orbis terrarum;* esto es: Enseñorearse ha desde un mar hasta otro mar, y desde el río hasta los términos de la tierra; y en lo que también allí (v. 12) dice: *Liberabit pauperem a potente; et pauperem, cui non erat adjutor;* que quiere decir: Librará al pobre del poder del poderoso, y al pobre que no tenía ayudador: viéndole después nacer en bajo estado y vivir en pobreza y morir en miseria, y que no sólo temporalmente no se enseñoreó de la tierra mientras vivió, sino que se sujetó a gente baja, hasta que murió debajo del poder de Poncio Pilato? ¿Y que no sólo a sus discípulos pobres no los libró de las manos de los poderosos temporalmente, mas los dejó matar y perseguir por su nombre?

8. Y era que estas profecías se habían de entender espiritualmente de Cristo, según el cual sentido eran verdaderísimas. Porque Cristo, no sólo era señor de la tierra sola, sino del cielo, pues era Dios; y a los pobres que le habían de seguir, no sólo los había de redimir y librar del poder del demonio, que era *el potente contra el cual ningún ayudador* tenían, sino los había de hacer herederos del reino de los cielos. Y así, hablaba Dios según lo principal de Cristo y de sus secuaces, que eran reino eterno y libertad eterna; y ellos entendíanlo a su modo de lo menos principal, de que Dios hace poco caso, que era señorío temporal y libertad temporal, lo cual delante de Dios ni es reino ni libertad. De donde, cegándose ellos con la bajeza de la letra, y no entendiendo el espíritu y verdad de ella, quitaron la vida a su Dios y Señor, según san Pablo dijo en esta manera *(Act.*, 13, 27): *Qui enim habitabant Jerusalem, et principes ejus,*

hunc ignorantes, et voces prophetarum, quae per omne sabbatum leguntur, judicantes impleverunt. Que quiere decir: Los que moraban en Jerusalén y los príncipes de ella, no sabiendo quien era, ni entendiendo los dichos de los profetas, que cada sábado se recitan, juzgando le acabaron.

9. Y a tanto llegaba esta dificultad de entender los dichos de Dios como convenía, que aun hasta sus mismos discípulos que con Él habían andado, estaban engañados; cuales eran aquellos dos que después de su muerte iban al castillo de Emaús, tristes, desconfiados, y diciendo *(Lc.,* 24, 21): *Nos autem sperabamus quod ipse esset redempturus Israel.* Esto es: Nosotros esperábamos que había de redimir a Israel; y entendiendo ellos también que había de ser la redención y señorío temporal; a los cuales, apareciendo Cristo nuestro Redentor, reprendió de *insipientes y pesados y rudos de corazón para creer las cosas que habían dicho los profetas.* Y aun al tiempo que se iba al cielo, todavía estaban algunos en aquella rudeza, y le preguntaron, diciendo *(Act.,* 1, 6): *Domine, si in tempore hoc restitues regnum Israel?* Esto es: Señor, haznos saber si has de restituir en este tiempo al reino de Israel.

Hace decir el Espíritu Santo muchas cosas en que Él lleva otro sentido del que entienden los hombres: como se echa de ver en lo que hizo decir a Caifás de Cristo *(Jn.,* 11, 50): Que *convenía que un hombre muriese porque no pereciese toda la gente.* Lo cual *no lo dijo de suyo,* y él lo dijo y entendió a un fin, y el Espíritu Santo a otro.

10. De donde se ve que, aunque los dichos y revelaciones sean de Dios, no nos podemos asegurar en ellos; pues nos podemos mucho y muy fácil-

mente engañar en nuestra manera de entenderlos; porque ellos todos son abismos y profundidad de espíritu, y quererlos limitar a lo que de ellos entendemos y puede aprender el sentido nuestro, no es más que querer palpar el aire, y palpar alguna mota que encuentra la mano en él, y el aire se va y no queda nada.

11. Por eso el maestro espiritual ha de procurar que el espíritu de su discípulo no se abrevie en querer hacer caso de todas las aprensiones sobrenaturales, que no son más que unas motas de espíritu, con las cuales solamente se vendrá a quedar, y sin espíritu ninguno; sino apartándole de todas visones y locuciones, impónganle en que se sepa estar en libertad y tiniebla de fe, en que se recibe la libertad de espíritu y abundancia, y, por consiguiente, la sabiduría e inteligencia propia de los dichos de Dios. Porque es imposible que el hombre, si no es espiritual, pueda juzgar de las cosas de Dios ni entenderlas razonablemente; y entonces no es espiritual cuando las juzga según el sentido. Y así, aunque ellas vienen debajo de aquel sentido, no las entiende; lo cual dice bien san Pablo diciendo (1 *Cor.*, 2, 14): *Animalis autem homo non percipit ea quae sunt spiritus Dei: stultitia enim est illi, et non potest intelligere: quia de spiritualibus examinatur. Spiritualis autem judicat omnia.* Que quiere decir: El hombre animal no percibe las cosas que son del espíritu de Dios, porque son locura para él, y no puede entenderlas porque son ellas espirituales; pero el espiritual todas las cosas juzga. *Animal hombre,* entiende aquí el que usa sólo del sentido; *espiritual,* el que no se ata ni guía por el sentido. De donde es temeridad atreverse a tratar con Dios, y dar licen-

cia para ello por vía de aprensión sobrenatural en el sentido.

12. Y para que mejor se vea, pongamos aquí algunos ejemplos. Demos caso que está un santo muy afligido porque le persiguen sus enemigos, y que le responde Dios diciendo: Yo te libraré de todos tus enemigos. Esta profecía puede ser verdaderísima, y con todo eso venir a prevalecer sus enemigos, y morir a sus manos. Y así, el que la entendiera temporalmente, quedara engañado; porque Dios pudo hablar de la verdadera y principal libertad y victoria, que es la salvación, donde el alma está libre y victoriosa de todos sus enemigos, mucho más verdaderamente y altamente que si acá se librara de ellos. Y así, esta profecía era mucho más verdadera y más copiosa que el hombre pudiera entender, si la entendiera cuanto a esta vida; porque Dios siempre habla en sus palabras y atiende al sentido más principal y provechoso, y el hombre puede entender a su modo y a su propósito el menos principal, y así quedar engañado.

Como lo vemos en aquella profecía que de Cristo dice David en el segundo salmo (v. 9), diciendos *Reges eos in virga ferrea, et tamquam vas figuli confringes eos*. Esto es: Regirás todas las gentes con vara de hierro, y desmenuzarlas has como a un vaso de barro. En la cual habla Dios según el principal y perfecto señorío, que es el eterno, el cual se cumplió; y no según el menos principal, que era el temporal, el cual en Cristo no se cumplió en toda su vida temporal.

13. Pongamos otro ejemplo: Está una alma con grandes deseos de ser mártir; acaecerá que Dios le responde diciendo: Tú serás mártir; y le

dé interiormente gran consuelo y confianza de que lo ha de ser; y con todo acaecerá que no muera mártir, y será la promesa verdadera. Pues ¿cómo no se cumplió así? Porque se cumplirá y podrá cumplir según lo principal y esencial de ella, que será dándole el amor y premio de mártir esencialmente, y así le da verdaderamente al alma lo que ella formalmente deseaba y lo que Él la prometió. Porque el deseo formal del alma era, no aquella manera de muerte, sino hacer a Dios aquel servicio de mártir, y ejercitar el amor por Él como mártir. Porque aquella manera de morir, por sí no vale nada sin este amor, el cual, y ejercicio y premio de mártir, le da por otros medios muy perfectamente. De manera que aunque no muera como mártir, queda el alma muy satisfecha en que le dio lo que ella deseaba. Porque tales deseos —cuando nacen de vivo amor—, y otros semejantes, aunque no se les cumplan de aquella manera que ellos los pintan y los entienden, cúmpleseles de otra y muy mejor y más a honra de Dios, que ellos sabrían pedir. De donde dice David *(Sal.* 9, 17): *Desiderium pauperum exaudivit dominus.* Esto es: El Señor cumplió a los pobres su deseo. Y en los Proverbios (10, 24) dice la Sabiduría divina: *Desiderium suum justis dabitur.* A los justos dárseles ha su deseo. De donde, pues vemos que muchos santos desearon muchas cosas en particular por Dios y no se les cumplió en esta vida su deseo, es de fe, siendo justo y verdadero su deseo, se les cumplió en la otra perfectamente; lo cual siendo así verdad, también lo sería prometérsele Dios en esta vida, diciéndoles: «Vuestro deseo se cumplirá», y no ser en la manera que ellos pensaban.

14. De esta y de otras maneras pueden ser las

palabras y visiones de Dios verdaderas y ciertas, y nosotros engañarnos en ellas, por no las saber entender alta y principalmente, y a los propósitos y sentidos que Dios en ellas lleva. Y así, es lo más acertado y seguro hacer que las almas huyan con prudencia de las tales cosas sobrenaturales, acostumbrándolas, como habemos dicho, a la pureza de espíritu en fe oscura, que es el medio de la unión.

CAPITULO 20

En que se prueba con autoridades de la Escritura cómo los dichos y palabras de Dios, aunque siempre son verdaderos, no son siempre ciertos en sus propias causas.

1. Ahora nos conviene probar la *segunda causa* por qué las visiones y palabras de parte de Dios, aunque son siempre verdaderas en sí, no son siempre ciertas cuanto a nosotros. Y es por razón de sus causas, en que ellas se fundan; porque muchas veces dice Dios cosas que van fundadas sobre criaturas y efectos de ellas, que son variables y pueden faltar, y así, las palabras que sobre esto se fundan, también pueden ser variables y pueden faltar; porque cuando una cosa depende de otra, faltando la una, falta también la otra. Como si Dios dijese: De aquí a un año tengo de evitar tal plaga a este reino; y la causa y fundamento de esta amenaza es cierta ofensa que se hace a Dios en el reino. Si cesase o variase la ofensa, podría cesar el castigo, y era verdadera la amenaza, porque iba fundada sobre la actual culpa; la cual si durara, se ejecutara.

2. *a)* Esto vemos haber acaecido en la ciudad de Nínive, de parte de Dios, diciendo *(Jon.,* 3, 4): *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur.* Que quiere decir: De aquí a cuarenta días ha de ser asolada Nínive. Lo cual no se cumplió, porque cesó la causa de esta amenaza, que eran sus pecados, haciendo penitencia de ellos; la cual si no la hicieran se cumpliera.

b) También leemos en el libro tercero de los Reyes (21, 21-29) que habiendo hecho el rey Acab un pecado muy grande, le envió Dios a prometer un grande castigo—siendo nuestro padre Elías el mensajero—sobre su persona, sobre su casa y sobre su reino; y porque Acab rompió las vestiduras de dolor, y se vistió de cilicio, y ayunó, y durmió en saco y anduvo triste y humillado, le envió luego a decir con el mismo Profeta estas palabras: *Quia igitur humiliatus es mei causa, non inducam malum in diebus ejus, sed in diebus filii sui.* Que quiere decir: Por cuanto Acab se ha humillado por amor de Mí, no enviaré el mal que dije en sus días, sino en los de su hijo. Donde vemos que porque mudó Acab el ánimo y afecto con que estaba, mudó también Dios su sentencia.

3. De donde podemos colegir para nuestro propósito que, aunque Dios haya revelado o dicho a un alma afirmativamente cualquier cosa, en bien o en mal, tocante a la misma alma o a otras, se podrá mudar en más o menos, o variar o quitar, según la mudanza o variación del afecto de la tal alma o causa sobre que Dios se fundaba, y así no cumplirse como se esperaba, y sin saber por qué muchas veces, sino solo Dios.

Porque aun muchas cosas suele Dios decir y enseñar y prometer, no para que entonces se entiendan ni se posean, sino para que después se

entiendan cuando convenga tener la luz de ellas, o cuando se consiga el efecto de ellas, como vemos que hizo con sus discípulos, a los cuales decía muchas parábolas y sentencias, cuya sabiduría no entendieron hasta el tiempo que habían de predicarla, que fue cuando vino sobre ellos el Espíritu Santo, del cual les había dicho Cristo, que les declararía todas las cosas que Él les había dicho en su vida. Y hablando san Juan (12, 16) sobre aquella entrada de Cristo en Jerusalén, dice: *Haec non cognoverunt discipuli ejus primum: sed quando glorificatus est Jesus, tunc recordati sunt quia haec erant scripta de eo.* Y así muchas cosas de Dios pueden pasar por el alma muy particulares, que ni ella ni quien la gobierna las entienden hasta su tiempo.

4. En el libro primero de los Reyes (2, 30) también leemos que, enojado Dios contra Helí, sacerdote de Israel, por los pecados que no castigaba a sus hijos, el envió a decir con Samuel, entre otras palabras, estas que se siguen: *Loquens locutus sum, ut domus tua et domus patris tui ministraret in conspectu meo usqu ein sempiternum. Veruntamen absit hoc a me.* Y es como si dijera: Muy de veras dije antes de ahora, que tu casa y la casa de tu padre había siempre de servirme de sacerdocio en mi presencia para siempre. Pero este propósito muy lejos está de Mí; no haré tal. Que por cuanto este oficio de sacerdocio se fundaba en dar honra y gloria a Dios, y por este fin había Dios prometido darlo a su padre para siempre, si él no faltaba; en faltando el celo a Helí de la honra de Dios—porque como el mismo Dios se le envió a quejar, honraba más a sus hijos que a Dios, disimulándoles los pecados por no les afrentar—, faltó también la promesa, la cual era para siempre, si

para siempre en ellos durara el buen servicio y celo. Y así no hay que pensar que porque sean los dichos y revelaciones de parte de Dios, han infaliblemente de acaecer como suenan; mayormente cuando están asidos a causas humanas, que pueden variar, o mudarse, o alterarse.

5. Y cuando ellos están pendientes de estas causas, Dios se lo sabe, que no siempre lo declara, sino dice lo dicho, o hace la revelación; y calla la condición algunas veces, como hizo a los ninivitas, que determinadamente les dijo que habían de ser destruidos, pasados cuarenta días. Otras veces la declara, como hizo a Roboán, diciéndole (3 *Reg.*, 11, 38): *Si tú guardares mis mandamientos como mi siervo David, yo también seré contigo como con él, y te edificaré casa como a mi siervo David.* Pero ahora lo declare, ahora no, no hay que asegurarse en la inteligencia; porque no hay poder comprender las verdades ocultas de Dios que hay en sus dichos, y multitud de sentidos. Él está sobre el cielo, y habla en camino de eternidad; nosotros ciegos sobre la tierra, y no entendemos sino vías de carne y tiempo. Que por eso entiendo que dijo el Sabio *(Eccl.*, 5, 1): *Dios está sobre el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, no te alargues ni arrojes en hablar.*

6. Y dirásme, por ventura: Pues si no lo habemos de entender ni entrometernos en ello, ¿por qué nos comunica Dios esas cosas?

Ya he dicho que cada cosa se entenderá en su tiempo por orden del que lo habló, y entenderlo ha quien Él quisiere, y se verá que convino así; porque no hace Dios cosa sin causa y verdad. Por esto se crea que no hay acabar de comprender sentido en los dichos y cosas de Dios, ni que

determinarse a lo que parece, sin errar mucho y venir a hallarse muy confuso.

Esto sabían muy bien los profetas en cuyas manos andaba la palabra de Dios, a los cuales era grande trabajo la profecía acerca del pueblo; porque, como habemos dicho, muchos de ellos no lo veían acaecer como a la letra se les decía, y era causa de que hiciesen mucha risa y mofa de los profetas; tanto, que vino a decir Jeremías (20, 7): *Búrlanse de mí todo el día, todos me mofan y desprecian, porque ya ha mucho que doy voces contra la maldad, y les prometo destrucción; y hase hecho la palabra del Señor para mí afrenta y burla todo el tiempo. Y dije: No me tengo de acordar de Él, ni tengo más de hablar en su nombre.* En lo cual, aunque el santo Profeta decía con resignación y en figura del hombre flaco que no puede sufrir las vías y vueltas de Dios, da bien a entender en esto la diferencia del cumplimiento de los dichos divinos, del común sentido que suenan; pues a los divinos profetas tenían por burladores, y ellos sobre la profecía padecían tanto, que el mismo Jeremías en otra parte dijo *(Thren.,* 3, 47): *Formido et laqueus facta est nobis vaticinatio et contritio.* Que quiere decir: Temor y lazos se nos ha hecho la profecía, y contrición de espíritu.

7. Y la causa por qué Jonás huyó cuando le enviaba Dios a predicar la destrucción de Nínive, fue ésta, conviene a saber: el conocer la variedad de los dichos de Dios acerca del entender de los hombres y de las causas de los dichos. Y así, porque no hiciesen burla de él, cuando no viesen cumplida su profecía, se iba huyendo por no profetizar; y así estuvo esperando todos los cuarenta días fuera de la ciudad, a ver si se cumplía su profecía, y como no se cumplió, se afligió grande-

mente, tanto que dijo a Dios *(Jon., 4, 2)*: *Obsecro, Domine; numquid non hoc est verbum meum, cum adhuc essem in terra mea? Propter hoc praeoccupavi, ut fugerem in Tharsis.* Esto es: Ruégote, Señor, ¿por ventura, no es esto lo que yo decía estando en mi tierra? Por eso contradije, y me fui huyendo a Tarsis. Y enojóse el santo, y rogó a Dios que le quitase la vida.

8. ¿Qué hay, pues, de qué maravillarnos, de que algunas cosas que Dios hable y revele a las almas no salgan así como ellas las entienden? Porque dado caso que Dios afirme al alma o la represente tal o cual cosa de bien o de mal, para sí o para otra, si aquello va fundado en cierto afecto o servicio u ofensa que aquella alma o la otra entonces hacen a Dios, y de manera que si perseveran en aquello, se cumplirá, no por eso es cierto, pues no es cierto el perseverar.

Por tanto, no hay que asegurarse en su inteligencia, sino en fe.

CAPITULO 21

En que se declara cómo, aunque Dios responde a lo que se le pide algunas veces, no gusta de que usen de tal término.—Y prueba cómo, aunque condesciende y responde, muchas veces se enoja.

1. Asegúranse, como habemos dicho, algunos espirituales, en tener por buena la curiosidad que algunas veces usan en procurar saber algunas cosas por vía sobrenatural, pensando que, pues Dios algunas veces responde a instancia de ellos, que es aquél buen término, y que Dios gusta de él; como quiera que sea verdad que, aunque les responde, ni

es buen término ni gusta Dios de él, antes disgusta; y no sólo eso, mas muchas veces se enoja y ofende mucho.

La razón de esto es porque a ninguna criatura le es lícito salir fuera de los términos que Dios la tiene naturalmente ordenados para su gobierno. Al hombre le puso términos naturales y racionales para su gobierno; luego querer salir de ellos no es lícito, y querer averiguar y alcanzar cosas por vía sobrenatural, es salir de los términos naturales. Luego es cosa no lícita; luego Dios no gusta de ello, pues de todo lo ilícito se ofende.

Bien sabía esto el rey Acab, pues que, aunque de parte de Dios le dijo Isaías (7, 12) que pidiese alguna señal, no quiso hacerlo, diciendo: *Non petam, et non tentabo Dominum*. Esto es: No pediré tal cosa, ni tentaré a Dios. Porque al tentar a Dios es querer tratarle por vías extraordinarias, cuales son las sobrenaturales.

2. Diréis: Pues si así es que Dios no gusta, ¿por qué algunas veces responde Dios?

Digo que algunas veces responde el demonio. Pero las que responde Dios, digo que es por la flaqueza del alma que quiere ir por aquel camino, porque no se desconsuele y vuelva atrás, o porque no piense está Dios mal con ella, y se sienta demasiado; o por otros fines que Dios sabe, fundados en la flaqueza de aquella alma, por donde ve que conviene responder, y condesciende por aquella vía. Como también lo hace con muchas almas flacas y tiernas, en darles gusto y suavidad en el trato con Dios muy sensible, según está dicho arriba; mas no porque Él quiera ni guste que con Él se trate con este término, ni por esa vía; mas a cada uno da, como habemos dicho, según su modo. Porque Dios es como la fuente, de la

cual cada uno coge como lleva el vaso, y a veces las deja coger por esos caños extraordinarios; mas no se sigue por eso que es lícito coger el agua por ellos, si no es al mismo Dios, que la puede dar cuando, cómo y a quien Él quiere, y por lo que Él quiere, sin pretensión de la parte. Y así, como decimos algunas veces, condesciende con el apetito y ruego de algunas almas, que porque son buenas y sencillas, no quiere dejar de acudir por no entristecerlas, mas no porque guste de tal término.

3. Lo cual se entenderá mejor por esta comparación. Tiene un padre de familia en su mesa muchos y diferentes manjares, y unos mejores que otros. Está un niño pidiéndole de un plato, no del mejor, sino del primero que encuentra, y pide de aquél, porque él sabe comer de aquél mejor que de otro; y como el padre ve que, aunque le dé del mejor manjar, no le ha de tomar, sino aquel que pide, y que no tiene gusto sino en aquél, porque no se quede sin su comida y desconsolado, dale de aquél con tristeza.

Como vemos que hizo Dios con los hijos de Israel cuando le pidieron rey: se lo dio de mala gana, porque no les estaba bien. Y así dijo a Samuel (1 *Reg.*, 8, 7): *Audi vocem populi in omnibus quae loquuntur tibi: non enim te abjecerunt, sed me.* Que quiere decir: Oye la voz de este pueblo, y concédeles el rey que te piden, porque no te han desechado a ti, sino a mí, porque no reine yo sobre ellos. De la misma manera condesciende Dios con algunas almas, concediéndoles lo que no les está mejor; porque ellas no quieren o no saben ir sino por allí. Y así también algunas alcanzan ternuras y suavidad de espíritu o sentido; y dáselo Dios, porque no son para comer el manjar

más fuerte y sólido de los trabajos de la cruz de su Hijo, a que El querría echasen mano más que a otra alguna cosa.

4. Aunque querer saber cosas por vía sobrenatural, por muy peor lo tengo que querer otros gustos espirituales en el sentido; porque yo no veo por dónde el alma que las pretende deje de pecar, por lo menos venialmente, aunque más buenos fines tenga y más puesta esté en perfección; y quien se lo mandase y consintiese, también. Pero no hay necesidad de nada de eso, pues hay razón natural, y ley y doctrina evangélica por donde muy bastantemente se pueden regir, y no hay dificultad ni necesidad que no se pueda desatar y remediar por estos medios muy a gusto de Dios y provecho de las almas.

Y tanto nos habemos de aprovechar de la razón y doctrina evangélica, que aunque, ahora queriendo nosotros, ahora no queriendo, se nos dijesen algunas cosas sobrenaturalmente, sólo habemos de recibir aquello que cae en mucha razón y ley evangélica. Y entonces recibirlo, no porque es revelación, sino porque es razón, dejando aparte todo sentido de revelación. Y aun entonces conviene mirar y examinar aquella razón mucho más que si no hubiese revelación sobre ella; por cuanto el demonio dice muchas cosas verdaderas y por venir y conformes a razón, para engañar.

5. De donde no nos queda en todas nuestras necesidades, trabajos y dificultades otro medio mejor y más seguro que la oración y esperanza que Él proveerá por los medios que Él quisiere. Y este consejo se nos da en la Escritura (2 *Paral.*, 20, 12), donde leemos que estando el rey Josafat afligidísimo, cercado de enemigos, poniéndose en oración,

dijo el santo rey a Dios: *Cum ignoremus quid facere debemus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigimus ad te.* Y es como si dijera: Cuando faltan los medios y no llega la razón a proveer en las necesidades, sólo nos queda levantar los ojos a Ti para que Tú proveas como mejor te agradare.

6. Y que también Dios, aunque responda a las tales pretensiones algunas veces, se enoje, aunque también queda dado a entender, todavía será bue no probarlo con algunas autoridades de la Escritura.

a) En el libro primero de los Reyes (28, 15) se dice que pidiendo el rey Saul que le hablase el profeta Samuel, que era ya muerto, le apareció el dicho profeta, y con todo eso se enojó Dios, porque luego le reprendió Samuel por haberse puesto en tal caso, diciendo *Quare inquietasti me, ut suscitarer?* Esto es: ¿Por qué me has inquietado en hacerme resucitar?

b) También sabemos que, no porque respondió Dios a los hijos de Israel dándoles las carnes que pedían, se dejase de enojar mucho contra ellos; porque luego les envió fuego del cielo en castigo, según se lee en el Pentateuco y lo cuenta David *(Salm.* 77, 30), diciendo: *Adhuc escae eorum erant in ore ipsorum, et ira Dei descendit super eos.* Que quiere decir: Aun teniendo ellos los bocados en sus bocas, descendió la ira de Dios sobre ellos.

c) Y también leemos en los Números (22, 32) que se enojó Dios mucho contra Balaán, profeta, porque fue a los madianitas, llamado por Balac, rey de ellos, aunque dijo Dios que fuese, porque tenía él gana de ir y lo había pedido a Dios; y estando ya en el camino, le apareció el ángel con la es-

pada y le quería matar, y le dijo *(Núm.*, 22, 32): *Perversa est via tua, mihique contraria.* Tu camino es perverso y a mí contrario. Y por eso le quería matar.

7. De esta manera, y de otras muchas, condesciende Dios enojado con los apetitos de las almas. De lo cual tenemos muchos testimonios en la Escritura, y sin eso muchos ejemplos; pero no son menester en cosa tan clara.

Sólo digo que es cosa peligrosísima, más que sabré decir, querer tratar con Dios por tales vías, y que no dejará de errar mucho y hallarse muchas veces confuso el que fuere aficionado a tales modos. Y esto el que hubiere hecho caso de ellos me entenderá por la experiencia. Porque allende de la dificultad que hay en saber no errar en las locuciones y visiones que son de Dios, hay ordinariamente entre ellas muchas que son del demonio; porque comúnmente anda con el alma en aquel traje que anda Dios con ella, poniéndole cosas tan verosímiles a las que Dios le comunica, por injerirse él a vueltas, como el lobo entre el ganado con pellejo de oveja, que apenas se puede entender. Porque, como dice muchas cosas verdaderas y conformes a razón, y cosas que salen verdaderas, puédense engañar fácilmente pensando que, pues sale verdad y acierta en lo que está por venir, que no será sino Dios. Porque no saben que es cosa facilísima a quien tiene clara la luz natural, conocer las cosas, o muchas de ellas, que fueron o que serán, en sus causas. Y como quiera que el demonio tenga esta lumbre tan viva, puede facilísimamente colegir tal efecto de tal causa; aunque no siempre sale así, pues todas las causas dependen de la voluntad de Dios.

8. Pongamos ejemplo. Conoce el demonio que la disposición de la tierra, aires y términos que lleva el sol, van de manera y en tal grado de disposición, que necesariamente, llegado tal tiempo, habrá llegado la disposición de estos elementos, según el término que llevan, a inficionarse, y así a inficionar la gente con pestilencia, y en las partes que será más y en las que será menos. Veis aquí conocida la pestilencia en su causa. ¿Qué mucho es que revelando el demonio esto a un alma, diciendo: De aquí a un año o medio habrá pestilencia, que salga verdadero? Y es profecía del demonio.

Por la misma manera puede conocer los temblores de la tierra, viendo que se van hinchando los senos de ella al aire, y decir: En tal tiempo temblará la tierra. Lo cual es conocimiento natural, para el cual basta tener el ánimo libre de las pasiones del alma, según lo dice Boecio por estas palabras: *Si vis claro lumine cernere verum, gaudia pelle, timorem, spemque fugato, nec dolor adsit* (1). Esto es: Si quieres con claridad natural conocer las verdades, echa de ti el gozo y el temor, y la esperanza y el dolor.

9. Y también se pueden conocer eventos y casos sobrenaturales en sus causas acerca de la Providencia divina, que justísima y certísimamente acude a lo que piden las causas buenas o malas de los hijos de los hombres. Porque se puede conocer naturalmente que tal o tal persona, o tal o tal ciudad, u otra cosa, llega a tal o tal necesidad,

(1) El texto completo de Boecio dice así: *Tu quoque si vis lumine claro cernere verum,—Tramite recto carpere callem,—Gaudia pelle,—Pelle timorem,—Spemque fugato,—Nec dolor adsit.* (ML. 75, 122.)

o a tal o a tal punto, que Dios, según su providencia y justicia, ha de acudir con lo que compete a la causa, y conforme a ella, en castigo o en premio o como fuere la causa; y entonces decir: En tal tiempo os dará Dios esto, o hará esto, o acaecerá estotro ciertamente. Lo cual dio a entender la santa Judit a Holofernes, la cual, para persuadirle que los hijos de Israel habían de ser destruidos sin falta, le contó muchos pecados de ellos primero y miserias que hacían. Y luego dijo *(Judit.*, 11, 12): *Et, quaniam haec faciunt, certum est quod in perditionem debuntur.* Que quire decir: Pues hacen estas cosas, está cierto que serán destruidos. Lo cual es conocer el castigo en la causa, que es tanto como decir: cierto está, que tales pecados han de causar tales castigos de Dios, que es justísimo. Y como dice la Sabiduría divina (11, 17): *Per quae quis peccat, per haec et torquetur.* En aquello o por aquello que cada uno peca, es castigado.

10. Puede el demonio conocer esto, no sólo naturalmente, sino aun de experiencia que tiene de haber visto a Dios hacer cosas semejantes, y decirlo antes y acertar.

También el santo Tobías conoció por la causa el castigo de la ciudad de Nínive, y así amonestó a su hijo, diciendo: Mira, hijo, en la hora que yo y tu madre muriéramos, sal de esta tierra, porque ya no permanecerá *(Tob.*, 14, 13): *Video enim quia iniquitas ejus finem dabit ei.* Yo veo claro que su misma maldad ha de ser causa de su castigo, el cual será que se acabe y destruya todo. Lo cual también el demonio y Tobías podían saber, no sólo en la maldad de la ciudad, sino por experiencia, viendo que tenían los pecados del mundo porque Dios le destruyó en el diluvio, y los de os sodomitas, que también perecieron por fuego: aun-

que también Tobías lo conoció por espíritu divino.

11. Y puede conocer el demonio que Pedro no puede naturalmente vivir más de tantos años, y decirlo antes; y así otras muchas cosas y de muchas maneras que no se pueden acabar de decir, ni aun comenzar muchas, por ser intrincadísimas y sutilísimas, en el injerir mentiras; de lo cual no se pueden librar si no es *huyendo* de todas revelaciones y visiones y locuciones sobrenaturales.

Por lo cual, justamente se enoja Dios con quien las admite, porque ve es temeridad del tal meterse en tanto peligro y presunción y curiosidad, y ramo de soberbia, y raíz y fundamento de vanagloria, y desprecio de las cosas de Dios, y principio de muchos males en que vinieron muchos. Los cuales, tanto vinieron a enojar a Dios, que de propósito los dejó errar y engañar, y oscurecer el espíritu, y dejar las vías ordenadas de la vida, dando lugar a sus vanidades y fantasías, según lo dice Isaías (19, 14), diciendo: *Dominus miscuit in medio ejus Spiritum vertiginis*. Que es tanto como decir: El Señor mezcló en medio espíritu de revuelta y confusión. Que en buen romance quiere decir, espíritu de entender al revés. Lo cual va allí diciendo Isaías llanamente a nuestro propósito, porque lo dice por aquellos que andaban a saber las cosas que habían de suceder por vía sobrenatural. Y por eso dice que les mezcló Dios en medio espíritu de entender al revés, no porque Dios les quisiese ni les diese efectivamente el espíritu de errar, sino porque ellos se quisieron meter en lo que naturalmente no podían alcanzar, enojado de esto, los dejó desatinar, no dándoles luz en lo que Dios no quería que se entrometiesen. Y así, dice que *les mezcló aquel espíritu Dios* privativamente; y de esta manera es

Dios causa de aquel daño, es, a saber, causa privativa, que consiste en quitar Él su luz y favor, tan quitado, que necesariamente vengan en error.

12. Y de esta manera da Dios licencia al demonio para que ciegue y engañe a muchos, mereciéndolo sus pecados y atrevimientos; y puede y se sale con ello el demonio, creyéndole ellos y teniéndole por buen espíritu; tanto, que, aunque sean muy persuadidos que no lo es, no hay remedio de desengañarse, por cuanto *tienen* ya por permisión de Dios *injerido el espíritu de entender al revés,* cual leemos haber acaecido a los profetas del rey Acab, dejándoles Dios engañar con el espíritu de mentira, dando licencia al demonio para ello, diciendo (3 *Reg.*, 22, 22): *Decipies et praevalebis; agredere, et fac ita.* Que quiere decir: Prevalecerás con tu mentira, y engañarlos has; sal y hazlo así. Y pudo tanto con los profetas y con el rey para engañarlos, que no quisieron creer al profeta Miqueas, que les profetizó la verdad muy al revés de lo que los otros habían profetizado; y esto fue porque los dejó Dios cegar, por estar ellos con afecto de propiedad en lo que querían que les sucediese y respondiese Dios según sus apetitos y deseos; lo cual era medio y disposición certísima para dejarlos Dios de propósito cegar y engañar.

13. Porque así lo profetizó Ezequiel (14, 7-9) en nombre de Dios; el cual, hablando contra el que se pone a querer saber por vía de Dios, curiosamente, según la vanidad de su espíritu, dice: «Cuando el tal hombre viniere al Profeta para preguntarme a mí por él, Yo el Señor le responderé por mí mismo, y pondré mi rostro enojado sobre aquel hombre; y el Profeta cuando hubiere errado

en lo que fue preguntado», *ego Dominus decepi prophetam illum.* Esto es: Yo el Señor engañé a aquel Profeta. Lo cual se ha de entender, no concurriendo con su favor para que deje de ser engañado, porque eso quiere decir cuando dice: «Yo el Señor le responderé por mí mismo enojado»; lo cual es apartar Él su gracia y favor de aquel hombre; de donde necesariamente se sigue el ser engañado por causa del desamparo de Dios. Y entonces acude el demonio a responder según el gusto y apetito de aquel hombre, el cual, como gusta de ello, y las respuestas y comunicaciones son de su voluntad, mucho se deja engañar.

14. Parece que nos habemos salido algo del propósito que prometimos en el título del capítulo, que era probar cómo, aunque Dios responde, se queja algunas veces. Pues, si bien se mira, todo lo dicho hace para probar nuestro intento; pues en todo se ve no gustar Dios de que quieran las tales visiones, pues da lugar a que de tantas maneras sean engañadas en ellas.

CAPITULO 22

En que se desata una duda, cómo no será lícito ahora en la Ley de gracia preguntar a Dios por vía sobrenatural, como lo era en la Ley vieja.— Pruébase con una autoridad de San Pablo.

1. De entre las manos nos van saliendo las dudas, y así no podemos correr con la prisa que querríamos adelante. Porque así como las levantamos, estamos obligados a allanarlas necesariamente, para que la verdad de la doctrina siempre quede llana y en su fuerza. Pero este bien hay en estas

dudas siempre, que, aunque nos impiden el paso un poco, todavía sirven para más doctrina y claridad de nuestro intento, como será la duda presente.

2. En el capítulo precedente habemos dicho cómo no es volutad de Dios que las almas quieran recibir por vía sobrenatural cosas distintas de visiones, locuciones, etc. Por otra parte, habemos visto en el mismo capítulo y colegido de los testimonios que allí se han alegado de la Escriutra, que se usaba el dicho trato con Dios en la Ley vieja y era lícito; y no sólo lícito, sino que Dios se lo mandaba; y cuando no lo hacían, los reprendía Dios, como es de ver en Isaías (30, 2), donde reprende Dios a los hijos de Israel, porque sin preguntárselo a Él primero querían descender en Egipto, diciendo: *Et os meum non interrogatis.* Esto es: No preguntasteis primero a mi misma boca lo que convenía. Y también leemos en Josué (9, 14) que, siendo engañados los mismos hijos de Israel por los gabaonitas, les nota allí el Espíritu Santo esta falta, diciendo: *Susceperunt ergo de cibariis eorum, et os Domini non interrogaverunt.* Que quiere decir: Recibieron de sus manjeres, y no lo preguntaron a la boca de Dios. Y así veremos en la divina Escritura que Moisés siempre preguntaba a Dios, y el rey David y todos los reyes de Israel para sus guerras y necesidades, y los sacerdotes y profetas antiguos; y Dios respondía y hablaba con ellos y no se enojaba; y era bien hecho, y si no lo hicieran, pues fuera mal hecho, y así es la verdad; ¿por qué, pues, ahora en la Ley nueva y de gracia no lo será como antes lo era?

3. A lo cual se ha de responder, que la principal causa por qué en la Ley de Escritura eran lícitas las preguntas que se hacían a Dios, y con-

venía que los profetas y sacerdotes quisiesen visiones y revelaciones de Dios, era porque aún entonces no estaba bien fundamentada la fe ni establecida la Ley Evangélica; y así, era menester que preguntasen a Dios y que Él hablase, ahora por palabras, ahora por visiones y revelaciones, ahora en figuras y semejanzas, ahora en otras muchas maneras de significaciones. Porque todo lo que respondía y hablaba y revelaba eran misterios de nuestra fe y cosas tocantes a ella o enderezadas a ella. Que por cuanto las cosas de fe no son del hombre, sino de boca del mismo Dios, por eso los reprendía el mismo Dios porque en sus cosas no preguntaban a su boca, para que Él respondiese, encaminando sus casos y cosas a la fe, que aun ellos no tenían sabida, por no estar aún fundada. Pero ya que está fundada la fe en Cristo y manifiesta la Ley Evangélica en esta era de gracia, no hay para qué preguntarle de aquella manera, ni para qué Él hable ya ni responda como entonces. Porque en darnos, como nos dió, a su Hijo, que en una Palabra suya que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar.

4. Y éste es el sentido de aquella autoridad con que comienza san Pablo a querer inducir a los hebreos a que se aparten de aquellos modos primeros y tratos con Dios de la Ley de Moisés y pongan los ojos en Cristo solamente, diciendo (1, 1): *Multifariam multisque modis olim Deus loquens patribus in Prophetis, novissime autem diebus istis loquutus est nobis in Filio.* Y es como si dijera: Lo que antiguamente habló Dios en los profetas a nuestros padres de muchos modos y de muchas maneras ahora a la postre, en estos días nos lo ha hablado en el Hijo todo de una vez. En lo cual

da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los Profetas ya lo ha blado en Él todo, dándonos al Todo, que es su Hijo.

5. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera, diciendo:

Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo Yo ahora responder o revelar que sea más que eso? pon los ojos sólo en Él, porque en Él te lo tengo dicho todo y revelado, y hallarás en Él aún más de lo que pides y deseas. Porque tú pides locuciones y revelaciones en parte; y si pones en Él los ojos, lo hallarás en todo; porque Él es toda mi locución y respuesta, y es toda mi visión y toda mi revelación; lo cual os he ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándoosle por hermano, compañero y maestro, precio y premio. Porque desde aquel día que bajé con mi espíritu sobre Él en el monte Tabor, diciendo *(Mt.,* 17, 5): *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui, ipsum audite;* es a saber: Este es mi amado Hijo en que me he complacido; a Él oíd, ya alcé yo la mano de todas esas maneras de enseñanzas y respuestas y se la di a Él; oídle a Él, porque yo no tengo más fe que revelar, ni más cosas que manifestar. Que si antes hablaba, era prometiendo a Cristo: y si me preguntaban, eran las preguntas encaminadas a la petición y esperanza de Cristo, en que habían de hallar todo bien —como ahora lo da a entender toda la doctrina de

los Evangelistas y Apóstoles—: mas ahora, el que me preguntase de aquella manera, y quisiese que Yo le hablase o algo le revelase, era en alguna manera pedirme otra vez a Cristo, y pedirme más fe, y ser falto en ella, que ya está dada en Cristo; y así, haría mucho agravio a mi amado Hijo, porque no sólo en aquello le faltaría en la fe, mas le obligaba otra vez a encarnar y pasar por la vida y muerte primera. No hallarás qué pedirme ni qué desear de revelaciones o visiones de mi parte; míralo tú bien, que ahí lo hallarás ya hecho y dado todo eso y mucho más, en Él.

6. Si quieres que te responda Yo alguna palabra de consuelo, mira a mi Hijo, sujeto a Mí y sujetado por mi amor, y afligido, y verás cuántas te responde. Si quisieses que te declare Yo algunas cosas ocultas o casos, pon sólo los ojos en El, y hallarás ocultísimos misterios, y sabiduría y maravillas de Dios, que están encerradas en Él, según mi Apóstol dice *(Colos.*, 2, 3): *In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae Dei absconditi.* Esto es: En el cual Hijo de Dios están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia de Dios. Los cuales tesoros de sabiduría serán para ti muy más altos y sabrosos y provechosos que las cosas que tú querías saber. Que por eso se gloriaba el mismo Apóstol, diciendo: Que no había él dado a entender que sabía otra cosa, sino a Jesucristo y a Éste crucificado. Y si también quisieses otras visiones y revelaciones divinas, o corporales, mírale a Él también humanado, y hallarás en eso más que piensas, porque también dice el Apóstol (v. 9): *In ipso habitat omnis plenitudo divinitatis corporalier.* Que quiere decir: En Cristo mora corporalmente toda plenitud de divinidad.

7. No conviene, pues, ya preguntar a Dios de aquella manera, ni es necesario que ya hable, pues acabando de hablar toda la fe en Cristo, no hay más fe que revelar ni la habrá jamás. Y quien quisiere recibir ahora cosas algunas por vía sobrenatural, como habemos dicho, era como notar falta en Dios de que no había dado todo lo bastante en su Hijo. Porque aunque lo haga suponiendo la fe y creyéndola, todavía es curiosidad de menos fe. De donde no hay que esperar doctrina, ni otra cosa alguna, por vía sobrenatural. Porque a la hora que Cristo dijo en la cruz *(Jn.,* 19, 30): *Consummatum est,* cuando expiró, que quiere decir: Acabado es, no sólo se acabaron esos modos, sino todas esotras ceremonias y ritos de la Ley vieja. Y así, en todo nos habemos de guiar por la Ley de Cristo hombre y de su Iglesia, y de sus ministros, humana y visiblemente, y por esa vía remediar nuestras ignorancias y flaquezas espirituales, que para todo hallaremos abundante medicina por esta vía. Y lo que de este camino saliere, no sólo es curiosidad, sino mucho atrevimiento, y no se ha de creer cosa por vía sobrenatural, sino sólo lo que es enseñanza de Cristo hombre, como digo, y de sus ministros, hombres. Tanto, que dice san Pablo estas palabras *(Gal.,* 1, 8): *Quod si Angelus de caelo evangelizaverit, proeterquam quod evangelizavimus vobis, anathema sit.* Es a saber: Si algún ángel del cielo os evangelizare fuera de lo que nosotros hombres os evangelizamos, sea maldito y descomulgado.

8. De donde, pues es verdad que siempre se ha de estar en lo que Cristo nos enseñó, y todo lo demás no es nada ni se ha de creer si no conforma con ello, en vano anda el que quiere ahora tratar con Dios al modo de la Ley vieja.

Cuanto más, que no le era lícito a cualquiera de aquel tiempo preguntar a Dios, ni Dios respondía a todos, sino sólo a los sacerdotes y profetas, que eran de cuya boca el vulgo había de saber la ley y la doctrina; y así, si alguno quería saber alguna cosa de Dios, por el profeta o por el sacerdote lo preguntaba y no por sí mismo. Y si David por sí mismo algunas veces preguntó a Dios es porque era profeta; y aun, con todo eso, no lo hacía sin la vestidura sacerdotal, como se ve haberlo hecho en el primero de los Reyes (23, 9), donde dijo a Abimelec sacerdote: *Applica ad me ephod,* que era una vestidura de las más autorizadas del sacerdote, y con ella consultó con Dios. Mas otras veces por el profeta Natán y por otros profetas consultaba a Dios. Y por la boca de éstos y de los sacerdotes se había de creer ser de Dios lo que se les decía, y no por su parecer propio.

9. Y así, lo que Dios decía entonces, ninguna autoridad ni fuerza les hacía para darle entero crédito, si por la boca de los sacerdotes y profetas no se aprobaba. Porque es Dios tan amigo que el gobierno y trato del hombre sea también por otro hombre semejante a Él, y que por razón natural sea el hombre regido y gobernado, que totalmente quiera que las cosas que sobrenaturalmente nos comunica no las demos entero crédito ni hagan en nosotros confirmada fuerza y segura hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre. Y así, siempre que algo dice o revela al alma, lo dice con una manera de inclinación puesta en la misma alma a que se diga a quien conviene decirse; y hasta esto no suele dar entera satisfacción, porque no la tomó el hombre de otro hombre semejante a él.

De donde en los Jueces (7, 11) vemos haberle

acaecido lo mismo al capitán Gedeón, que con haberle dicho Dios muchas veces que vencería a los madianitas, todavía estaba dudoso y cobarde, habiéndole dejado Dios aquella flaqueza, hasta que por la boca de los hombres oyó lo que Dios le había dicho. Y fue que como Dios le vio flaco le dijo: Levántate y desciende al real. *Et cum audieris quid loquantur, tunc confortabantur manus tuae, et securior ad hostium castra descendes.* Esto es: Cuando oyeres allí lo que hablan los hombres, entonces recibirás fuerzas en lo que te he dicho, y bajarás con más seguridad a los ejércitos de los enemigos. Y así fue que, oyendo contar un sueño de un madianita a otro, en que había soñado que Gedeón los había de vencer, fue muy esforzado, y comenzó a poner con grande alegría por obra la batalla. Donde se ve que no quiso Dios que éste se asegurase, pues no le dio la seguridad sólo por vía sobrenatural, hasta que se confirmó naturalmente.

10. Y mucho más es de admirar lo que pasó acerca de esto en Moisés, que, con haberle Dios mandado con muchas razones, y confirmándoselo con las señales de la vara en serpiente y de la mano leprosa, que fuese a libertar los hijos de Israel, estuvo tan flaco y oscuro en esta ida, que, aunque se enojó Dios, nunca tuvo ánimo para acabar de tener fe en el caso para ir, hasta que le animó Dios con su hermano Aarón, diciendo *(Exod.,* 4, 14-15): *Aaron frater tuus Levites, scio quod eloquens sit: ecce ipse egredietur in occursum tuum, vidensque te, laetabitur corde. Loquere ad eum, et pone verba mea in ore ejus: et ego ero in ore tuo, et in ore illius,* etcétera. Lo cual es como si dijera: Yo sé que tu hermano Aarón es hombre elocuente: cata que él te saldrá al encuentro, y viéndote,

se alegrará de corazón; habla con él, y dile todas mis palabras, y Yo seré en tu boca y en la suya, para que cada uno reciba crédito de la boca del otro.

11. Oídas estas palabras, Moisés animóse luego con la esperanza del consuelo del consejo que de su hermano había de tener. Porque esto tiene el alma humilde, que no se atreve a tratar a solas con Dios, ni se puede acabar de satisfacer sin gobierno y consejo humano.

Y así lo quiere Dios, porque en aquellos que se juntan a tratar la verdad, se junta Él allí para declararla y confirmarla en ellos, fundadas sobre razón natural, como dijo que lo había de hacer con Moisés y Aarón juntos, siendo en la boca del uno y en la boca del otro. Que por eso también dijo en el Evangelio *(Mt.,* 18, 20) que *Ubi fuerint duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum ego in medio eorum.* Esto es: Donde estuvieren dos o tres juntos para mirar lo que es más honra y gloria de mi nombre, Yo estoy allí en medio de ellos, es, a saber, aclarando y confirmando en sus corazones las verdades de Dios. Y es de notar que no dijo: Donde estuviere uno solo, Yo estoy allí; sino por lo menos dos, para dar a entender que no quiere Dios que ninguno a solas se crea para sí las cosas que tiene por de Dios, ni se confirme ni afirme en ellas, sin la Iglesia o sus ministros, porque con éste sólo no estará Él, aclarándole y confirmándole la verdad en el corazón y así quedará en ella flaco y frío.

12. Porque de aquí es lo que encarece el Eclesiastés (4, 10-12), diciendo: *Vae soli, quia cum ceciderit, non habet sublevantem se. Si dormierint duo, fovebuntur mutuo: unus quomodo calefiet?*

et si quispiam praevaluerit contra unum, do resistent ei. Que quiere decir: ¡Ay del solo, que cuando cayere no tiene quien le levante! Si dos durmieren juntos, calentarse ha el uno al otro—es, a saber: con el calor de Dios, que está en medio—; uno solo, ¿cómo calentará? Es, a saber: ¿cómo dejará de estar frío en las cosas de Dios? Y si alguno pudiere más y prevaleciere contra uno—esto es, el demonio que puede y prevalece contra los que a solas se quieren haber en las cosas de Dios—, dos juntos le resistirán, que son el discípulo y el maestro que se juntan a saber y a hacer la verdad. Y hasta esto, ordinariamente se siente el solo tibio y flaco en ella, aunque más la haya oído de Dios; tanto, que con haber mucho que san Pablo predicaba el Evangelio, que dice él había oído no de hombre, sino de Dios, no pudo acabar consigo de dejar de ir a conferirlo con san Pedro y los Apóstoles, diciendo *(Gál.,* 2, 2): *Ne forte in vacuum currerem, aut cucurrissem.* Que quiere decir: No por ventura corriese en vano o hubiese corrido; no teniéndose por seguro hasta que le dio seguridad el hombre.

—Cosa, pues, notable parece, Pablo; pues el que os reveló ese Evangelio, ¿no pudiera también revelaros la seguridad de la falta que podíades hacer en la predicación de la verdad de El?

13. Aquí se da a entender claro cómo no hay que asegurarse en las cosas que Dios revela, si no es por el orden que vamos diciendo; porque dado caso que la persona tenga certeza, como san Pablo tenía de su Evangelio—pues le había ya comenzado a predicar—, que la revelación sea de Dios, todavía el hombre puede errar acerca de ella, o en lo tocante a ella. Porque Dios no siempre, aunque dice lo uno, dice lo otro; y muchas veces dice

la cosa, y no dice el modo de hacerla. Porque ordinariamente todo lo que se puede hacer por industria y consejo humano, no lo hace Él ni lo dice, aunque trate muy afablemente mucho tiempo con el alma. Lo cual conocía muy bien san Pablo, pues, como decimos, aunque sabía le era revelado por Dios el Evangelio, le fue a conferir.

Y vemos esto claro en el Éxodo, donde, tratando Dios tan familiarmente con Moisés, nunca le había dado aquel consejo tan saludable que le dio su suegro Jetró *(Ex.,* 18, 21-22), es, a saber: que eligiese otros jueces para que le ayudasen, y no estuviese esperando el pueblo desde la mañana hasta la noche. El cual consejo Dios aprobó; y no se lo había Él dicho, porque aquello era cosa que podía caber en razón y juicio humano. [Y así todas las cosas que puede caber en juicio humano] acerca de las visiones y revelaciones y locuciones de Dios, no las suele revelar Dios, porque siempre quiere que se aprovechen de éste en cuanto se pudiere, y todas ellas han de ser reguladas por éste, salvo las que son de fe, que exceden todo juicio y razón, aunque no son contra ella.

14. De donde no piense alguno que porque sea cierto que Dios y los santos traten con él familiarmente muchas cosas, por el mismo caso le han de declarar las faltas que tiene acerca de cualquier cosa, pudiendo él saberlo por otra vía. Y así no hay que asegurarse, porque, como leemos haber acaecido en los Actos de los Apóstoles, que con ser san Pedro príncipe de la Iglesia, y que inmediatamente era enseñado de Dios, acerca de cierta ceremonia que usaba entre las gentes erraba, y callaba Dios, tanto, que le reprendió san Pablo, según él allí afirma, diciendo *(Gal.,* 8, 14): *Cum vidissem, quod non recte ad veritatem Evangelii am-*

bularent, dixi coram omnibus: Si tu judaeus cum sis, gentiliter vivis, quomodo gentes cogis judaizare? Que quiere decir: Como yo viese, dice san Pablo, que no andaban rectamente los discípulos según la verdad del Evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si siendo tú judío, como lo eres, vives gentílicamente, ¿cómo haces tal ficción que fuerzas a los gentiles a judaizar? Y Dios no advertía esta falta a san Pedro por Sí mismo, porque era cosa que caía en razón aquella simulación, y la podía saber por vía racional.

15. De donde muchas faltas y pecados castigará Dios en muchos el día del juicio, con los cuales habrá tenido acá muy ordinario trato y dado mucha luz y virtud; porque en lo demás que ellos sabían que debían hacer, se descuidaron confiando en aquel trato y virtud que tenían en Dios. Y así, como dice Cristo en el Evangelio, se maravillarán ellos entonces diciendo (*Mt.*, 7, 22): *Domine, Domine, nonne in nomine tuo prophetavimus et in nomine tuo daemonia ejecimus, et in nomine tuo virtutes multas fecimus?* Esto es: Señor, Señor, ¿por ventura las profecías que Tú nos hablabas no las profetizamos en tu nombre? ¿Y en tu nombre no echamos los demonios? ¿Y en tu nombre no hicimos muchos milagros y virtudes? Y dice el Señor que les responderá diciendo: *Et tunc confitebor illis, quia numquam novi vos: discedite a me omnes qui operamini iniquitatem.* Es, a saber: Apartaos de Mí los obreros de maldad, porque nunca os conocí.

De éstos era el profeta Balaán y otros semejantes, a los cuales, aunque hablaba Dios con ellos, y les daba gracias, eran pecadores. Pero en su tanto, reprenderá también el Señor a los escogidos y amigos suyos, con quien acá se comunicó familiar-

mente, en las faltas y descuidos que ellos hayan tenido; de los cuales no era menester les advirtiese Dios por Sí mismo, pues ya por ley y razón natural que les había dado se lo advertía.

16. Concluyendo, pues, en esta parte, digo y saco de lo dicho que cualquier cosa que el alma reciba, de cualquiera manera que sea, por vía sobrenatural, clara y rasa, entera y sencillamente ha de comunicarla luego con el maestro espiritual. Porque aunque parece que no había para qué dar cuenta, ni para qué gastar en eso tiempo, pues con desecharlo y no hacer caso de ello ni quererlo, como habemos dicho, queda el alma segura, mayormente cuando son cosas de visiones y revelaciones u otras comunicaciones sobrenaturales, que o son claras, o va poco en que sean o no sean; todavía es muy necesario—aunque al alma le parezca que no hay para qué—decirlo todo. Y esto por tres causas:

La primera, porque, como habemos dicho, muchas cosas comunica Dios, cuyo efecto y fuerza, luz y seguridad, no la confirma del todo en el alma, hasta que, como habemos dicho, se trate con quien Dios tiene puesto por juez espiritual de aquella alma, que es el que tiene *poder de atarla o desatarla,* y probar y reprobar en ella; según lo habemos probado por las autoridades arriba alegadas, y lo probamos cada día por experiencia, viendo en las almas humildes, por quien pasan estas cosas, que después que las han tratado con quien deben, quedan con nueva satisfacción, fuerza y luz y seguridad; tanto, que a algunas les parece que hasta que lo traten, ni se les asienta, ni es suyo aquello, y que entonces se lo dan de nuevo.

17. La segunda causa es porque ordinariamen-

te ha menester el alma doctrina sobre las cosas que le acaecen, para encaminarla por aquella vía a la desnudez y pobreza espiritual, que es la *Noche oscura*. Porque si esta doctrina le va faltando, dado que el alma no quiere las tales cosas, sin entenderse se iría endureciendo en la vía espiritual y haciéndose a la del sentido, acerca del cual en parte pasan las tales cosas distintas.

18. La tercera causa es porque para la humildad y sujeción y mortificación del alma conviene dar parte de todo, aunque de todo ello no haga caso ni lo tenga en nada. Porque hay algunas almas que sienten mucho en decir las tales cosas, por parecerles que no son nada, y no saben cómo las tomará la persona con quien las han de tratar; lo cual es poca humildad, y, por el mismo caso, es menester sujetarse a decirlo. Y hay otras que sienten mucha vergüenza en decirlo, porque no vean que tienen ellas aquellas cosas que parecen de santos, y otras cosas que en decirlo sienten, y por eso que no hay para qué lo decir, pues no hacen ellas caso de ello; y, por el mismo caso, conviene que se mortifiquen y lo digan, hasta que estén humildes, llanas y blandas y prontas en decirlo, y después siempre lo dirán con facilidad.

19. Pero hase de advertir acerca de lo dicho, que no porque habemos puesto tanto en que tales cosas se desechen, y que no pongan los confesores a las almas en el lenguaje de ellas, convendrá que las muestren desabrimiento los padres espirituales acerca de ellas, ni de tal manera que las hagan desvíos y desprecios en ellas, que les den ocasión a que se encojan y no se atrevan a manifestarlas; que será ocasión de dar en muchos inconvenientes si les cerrasen la puerta para decir-

las. Porque, pues, es medio y modo por donde Dios lleva a las tales almas, no hay para qué estar mal con él, ni por qué espantarse ni escandalizarse de él, sino antes ir con mucha benignidad y sosiego, poniéndoles ánimo y dándoles salida para que lo digan; y, si fuera menester, poniéndoles preceptos, porque a veces en la dificultad que algunas almas sienten en tratarlo todo es menester.

Encamínenlas en la fe, enseñándolas buenamente a desviar los ojos de todas aquellas cosas, y dándoles doctrina en cómo han de desnudar el apetito y espíritu de ellas para ir adelante, y dándoles a entender cómo es más preciosa delante de Dios una obra o acto de voluntad hecho en caridad, que cuantas visiones y comunicaciones pueden tener del cielo, pues éstas ni son mérito ni demérito; y cómo muchas almas no tienen cosas de esas están sin comparación mucho más adelante que otras que tienen muchas.

CAPITULO 23

En que se comienza a tratar de las aprensiones del entendimiento que son puramente por vía espiritual.—Dice qué cosa sean.

1. Aunque la doctrina que habemos dado acerca de las aprensiones del entendimiento que son por vía del sentido, según lo que de ellas había que tratar, queda algo corta, no he querido alargarme más en ella, pues, aun para cumplir con el intento que yo aquí llevo, que es desembarazar el entendimiento de ellas y encaminarle a la *Noche de la fe,* antes entiendo me he alargado demasiado. Por tanto, comenzaremos ahora a tratar de